

The book cover features a highly detailed, ornate border in a light beige or cream color, with intricate floral and scrollwork patterns. The background is a soft, textured light green. In the top right corner, there is a small illustration of a branch with green leaves and red berries. In the bottom left corner, there is a large, vibrant bouquet of pink roses of various sizes, some fully bloomed and some as buds. In the bottom right corner, there is a large, detailed illustration of a pink lily flower with green leaves and buds. The title is centered in a black, elegant serif font, and the author's name is centered below it in a smaller, bold, black sans-serif font.

*Crónica*  
*hospitalaria*  
*Una aventura*  
*inesperada*

**Jessenia Romero**



# *Crónica hospitalaria*

*Una aventura inesperada*

**Jessenia Romero**  
**Nicaragüense**

Título: *Crónica hospitalaria*  
*Una aventura inesperada*

Autor: Jessenia Isabel Romero

Diseño y diagramación: Minyé Jirón Hernández  
nica.ediciones@gmail.com

Revisión de texto: Hermógenes L. Mora y Jessenia Romero

Impreso en: Serfosa

1era. Edición, Managua - Nicaragua, 2021.

Jessenia Isabel Romero  
Crónica hospitalaria. Una aventura inesperada /  
Jessenia Isabel Romero  
--1a ed.-- Nicaragua: Julio, 2021  
72 p.  
ISBN: 978-99964-0-900-4  
I. ROMERO, JESSENIA ISABEL-  
RELATOS DE VIDA

© 2021, de Jessenia Isabel Romero.

Todos los derechos reservados bajo las convenciones internacionales de derechos de autor. Esta publicación no puede ser reproducida ni todo ni parte ni registrada ni transmitida por un sistema de almacenamiento o recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, excepto en citas cortas para reseñas literarias o citas bibliográficas, sin permiso escrito del autor.

# Índice

Prólogo .....	7
Día 1.....	11
Día 2.....	12
Día 3.....	13
Día 4.....	17
Día 5.....	26
Día 6.....	31
Día 7.....	35
Día 8.....	43
Día 9.....	49
Día 10.....	58
Sobre la autora .....	67



## PRÓLOGO

Orison Swett Marden, escritor estadounidense, famoso por sus libros y frases de autoayuda escribió alguna vez:

***“La sonrisa es una verdadera fuerza vital, la única capaz de mover lo inconmovible”.***

A veces nuestra fuerza interior proviene de ver con buenos ojos hasta los peores momentos, de sonreírle a la vida aunque esta a diario se presente con sus nubes grises.

*Crónica Hospitalaria* es una anécdota que no pretende emular a ningún libro ni a ningún escritor. Carente de todo lenguaje rimbombante, la autora no busca ser otra sino ella misma, conservando con sencillez su personalidad, sin embellecer con palabras ajenas a las de su día a día.

Con un lenguaje sencillo nos sumerge desde el primer día en una historia de la vida real.

Más allá de toda pretensión pesimista, nos cuenta con sonrisas cómo fue su paso por el hotel cinco estrellas de *“los bata blanca”*, nombre con el cual se refiere al centro hospitalario.

A diferencia de la mayoría de personas que al sufrir una experiencia donde el dolor nos aqueja y la necesidad de que un bisturí sea el mejor aliado para aliviarnos, Jessenia no reniega de esta situación, sino que se expresa de una manera tal, que hasta dan “*ganas*” de experimentar esa aventura: “*El ejército de ángeles, los bata blanca*”, (recalca Jessenia al referirse a las enfermeras) se portaban muy bien, atentas, preocupadas y humanistas.

Realmente mostraban su empatía con todos y cada uno de los pacientes, “*yo estaba fascinada de estar en este hotel de lujo, limpio, agradable y con una atención de primera*”. Con estas palabras engrandece la labor de todo el equipo con el cual mantuvo relación durante su estancia hospitalaria.

Hasta parece irónico pensar que dentro de un hospital, después de una cirugía, pueda expresarse con alegría y optimismo una estancia que se vuelve tortura para la gran mayoría de pacientes.

Jessenia aplica en su diario vivir ese lado positivo del cual parece carecer el mundo de hoy, que preso de tanto estrés y lleno de preocupaciones colapsa ante esa delgada línea que separa la vida de la muerte.

No preciso llenar de adulaciones este libro ya que desde el principio expresé que en él no encontraremos una historia de pasión o desamor, sino un mensaje de fortalecimiento espiritual y de amor por la vida.

Y qué mejor mensaje que sonreírle a las adversidades. La autora misma está llena de sonrisas y su curiosa y peculiar forma de hablar invita a adentrarnos en esta historia.

Quiero cerrar esta pequeña presentación con una frase de Charles Baudelaire:

***“Una gran sonrisa es un bello rostro  
de gigante”.***

***Hermógenes L. Mora  
Poeta y escritor nicaragüense***



## **Crónica hospitalaria**

La aventura hacia el hotel cinco estrellas de los bata blanca, comenzó el día de descanso; sí, un domingo hermoso, soleado y sin complicaciones, pero... ya les cuento lo que aceleró mi visita a la clínica.

### **Día 1**

Luego de estar a dieta porque tenía grasa en el hígado, vi en el estado de WhatsApp de un amigo que vendía salpicón y, pues ni corta ni perezosa encargué un servicio.

Llegó mi pedido y yummm me lo comí con todas las ganas, estuvo realmente delicioso; lo que no sabía yo, ni siquiera imaginaba y menos lo sospechaba, era la bomba que estaba introduciendo en mi organismo; sí, una potente bomba compuesta de carne picada, arroz, frijoles, queso y maduro cocido, tooooooo lo tenía prohibido.

El caso es que después del gustazo vino el trancazo, pa'que quise más, inició el pleito entre mi apéndice, riñón e hígado.

## Día 2

El dolor era leve, me alisté el lunes como de costumbre y me fui a trabajar (soy maestra de Matemáticas en educación primaria), llegué, desayuné tortillas con aguacate... ¡delicia natural! Y al medio día de nuevo lo mismo, a los diez minutos el dolor se agudizó en la boca del estómago, me ofrecieron arroz con sopa de frijoles, pero no, no me lo comí; ya el dolor me avisaba de la burrada cometida el día anterior. Traté de lidiar con el malestar y olvidarlo por instantes.

En la noche empezó el lamento, el dolor empezaba a moverse por toda el área abdominal; iba y venía como león rugiente o como esas tormentas eléctricas que se esparcen por el inmenso cielo, tuve una noche realmente espantosa.

## **Día 3**

Muy de madrugada, avisé a la directora que no asistiría al trabajo porque el dolor era desesperante y que iría a la clínica para descartar una apendicitis o una afección en la vesícula, ya que tengo un pólipo en esta última.

Como pude, tomé el bolso con mis documentos personales y salí en busca de un taxi, el cual me llevó a la clínica, estando en recepción anotaron mis datos e hicieron esperar, luego una enfermera tomó mis signos vitales; aparentemente, todo bien, pero yo me retorcí del dolor.

Amablemente, otra enfermera (mamá de un estudiante) me preguntó el motivo de mi visita y le conté con pelos y señales lo que ya les dije a ustedes anteriormente.

Ella me llevó a un cuarto y me dijo que me recostara que pronto me atenderían, y así fue, a los cinco minutos entró un doctor a examinarme, presionó mi abdomen, preguntó desde cuando sentía dolor, a dónde había empezado, si presenté vómito, fiebre u otro síntoma, mis respuestas a estas interrogantes fueron negativas.

Me mandaron una serie de exámenes: sangre, ultrasonido, orina para determinar la causa de mi malestar y yo... espere y aguarde, con mi intolerable dolor.

Todo el mundo presionaba mi panza y me veían como bicho raro –ja, ja, ja–... y yo, auch, ay, ups, auuu, ¡caray! Todo un desfile de lamentos onomatopéyicos.

¡Madre de la Macarena!

Me canalizaron con una tremenda aguja número 16 dentro de aquel cuarto blanco, claro y helado; extrajeron sangre para las muestras; total, fui perforada en mis dos brazos, todo por descubrir qué jodido causaba tan horroroso dolor.

Aún con el dolorcito ingrato yo no dejaba de tomarme selfis (farándula yo –ja, ja, ja–), las subí al estado de WhatsApp y las reacciones no se hicieron esperar: *¿Qué te pasó? ¿Qué le pasó?, ¿Dónde estás? ¿Estás bien? ¿Andas sola? ¿Qué te dijeron? Etc.*

— *¡Caray!* —dije yo—. *Sí que existe mucha gente preocupada por mí.* Y qué lindo se siente darse cuenta de ello.

Pasé en observación ocho largas horas viendo gotear al ritmo del tic tac el suero que me habían suministrado (goteo 40, de 8:00 am a 1:00 pm), me pusieron antibióticos, ranitidina, y otros medicamentos que no recuerdo el nombre, pero qué creen, yo sentía que el dolor se acrecentaba y mis gases hacían una fiesta dentro de mi panza.

A eso de las tres y algo de la tarde se aparecieron tres doctores y una enfermera con mi expediente en mano, me explicaron que la biometría y el ultra estaban bien que lo que tenía era una infección renal y me dieron de alta.

Y yo en mis adentros pensaba, carambolas si aún siento el dolor, pero bueno ni modo, voy para la casa.

Ahhhh, algo importante que se me escapaba contarles, mi compañera de trabajo, la Pinkyta (su nombre es Milena; yo soy Cerebro) llegó a visitarme, fue la única que lo hizo, pero antes me había preguntado si necesitaba algo, una colcha, le dije; moría y tiritaba de frío, ella muy amablemente me llevó su frazada (divina y calentita, por cierto), me abrigó con tanta ternura, como lo haría una hermana y es que, eso es ella para mí, agradezco mucho a Dios por haberla puesto en mi camino.

Pinkyta se fue y al rato me dieron de alta, me fui a casa; al llegar me comí un trozo de empanada de piña (lo único que tenía) para medio llenar el estómago, pues no había comido nada desde la mañana.

El dolor, ese ingrato dolor iba en aumento, pero traté de dormir cosa que no logré mucho, no podía estar en ninguna posición, el dolorcito se me alojaba por todos lados, fatalidad de noche la que experimenté.

## Día 4

Me levanté con la idea de volver a la clínica si el dolor continuaba (es lo que recomendó la atenta enfermera).

Como el dolor iba en aumento y también era acompañado de fiebre e incapacidad para caminar decidí no asistir al trabajo por segunda vez, pues mi salud era más importante en ese instante, le envié un mensaje a la directora diciéndole que había amanecido peor y regresaría a la clínica.

Como no podía ni levantarme (toda la noche me la pasé quejando y llorando) por el pinche dolor, me dormía de a ratos, deliraba por la fiebre y me quejaba de vez en cuando. A eso de las diez de la mañana me levanté a como pude, lavé mis peleros (vestimenta) y me bañé.

Regresé a la cama, solo quería estar acostada. Pinkyta (Milena) me llamó; Minita (Myriam), Mariana y muchas otras amistades preocupadas realmente por mi salud, insistieron en que volviera a la clínica, incluso la enfermera me dijo:

— ¡Véngase ya!

Me alisté, hice maleta, empaqué ropa, agua, documentos, objetos de uso personal, teléfono, auriculares, cargador (que no deben faltar –ja, ja, ja–) y pos me fui en busca de un taxi, pero ni uno solo pasaba; estuve casi quince minutos, espere y aguarde, hasta que al fin se detuvo uno y me llevó, me llevó a dar un paseo por toda Chinandega, pues se subió otra pasajera que llevaba rumbo contrario al mío, pero bueno, al fin llegué a la clínica, al bajarme del medio de transporte, un tipo casi me echa su carro, no veía el muy tarado mi cara de dolor y mi paso lento por lo mismo.

Estando en recepción di mis datos, la cara de preocupación de la secretaria era única y culpaba a los médicos por el descuido; pero, realmente no presenté antes síntomas de apendicitis, el ultra tampoco lo había revelado. No era culpa de nadie, solo del plastrón apendicular que cubría mi apéndice (pinche coso ese).

De nuevo, la enfermera atenta tomó mis signos, comprobó que presentaba fiebre y me dio dos acetaminofén (paracetamol), notó que no podía caminar.

La laboratorista se acercó a saludarme y preguntó cómo me sentía (es lindo ver cómo tanta gente se preocupa por el bienestar de uno). Al

rato fui llamada por una doctora general, me hizo las preguntas pertinentes:

— *¿Por qué estás acá? ¿Qué sentís? ¿Desde cuando estás así? ¿Cuándo empezó el dolor?* En fin, las mismas preguntas del día anterior.

Procedió a presionar el área del apéndice, le supliqué casi llorando que no apretara fuerte, porque esta vez sí que dolía más. Me dijo, esto no es apendicitis... *¡Y qué carajos es!* Pensé yo; pero cuando notó que sí tenía fiebre y me costaba andar, se convenció y ordenó buscaran al cirujano.

Me llevaron al cuarto blanco y helado donde estuve el día anterior, volvieron a canalizarme y trasladaron a la habitación de los pacientes internos, estando ahí llegó el cirujano, me vio con preocupación, creo quería evitarme la cirugía; palpó y dijo que quizá era una apendicitis atípica puesto que no había presentado los síntomas comunes, tales como: vómitos, endurecimiento del abdomen, fiebre, resequedad de la lengua, dolor en la pierna derecha, etc.

El cirujano dijo que me operaría, preguntó si andaba sola, porque alguien debía firmar la autorización, y pues, lo hice yo.

Ordenaron quitarme toda la ropa y ponerme una bata floreada (me encantó, tenía flores amarillas, celestes y verdes en un fondo rosado) desde ahí iba encantada, pues amo las flores.

Me subieron a una camilla y trasladaron por un pasillo blanco que simulaba el famoso túnel, solo que, en este, había una bicicleta al final; pensé: eh hh ahora iré en bici –ja, ja, ja–, cosa que no sé hacer (nunca aprendí a andar en bicicleta).

Continuamos con el recorrido, Pinkyta iba detrás de nosotros, el camillero me llevaba a una velocidad de competencia; toda la gente se me quedaba viendo, mientras yo disfrutaba de mi paseo.

Al fin estábamos en la entrada del quirófano, Milena me dijo antes de entrar:

— *Aquí te espero, recuerda que debes escribir este cuento.* Le sonreí y respondí que sí, que lo escribiría (y acá estaba, dándole rienda suelta al lápiz y a la mano).

Una vez dentro del quirófano, mientras veía y contaba las luces que había sobre mi cabeza, escuchaba a las enfermeras mencionar mis datos:

— *Jessenia Romero, 38 años, presenta cuadro de apendicitis, lleva tres días con dolor y hoy vino con fiebre.*

Doctores y enfermeras preparaban sus atuendos, lavaban y desinfectaban sus manos, en fin, se alistaban para abrir mi pancita. El cirujano juicioso, sentadito en un rincón, esperando el momento, parecía un niño regañado —ja, ja, ja—.

Entró otro cirujano, un doctor mayor pero carismático y cariñoso, me dijo:

— *Hija, ya te vamos a operar, te pondré estos aparatos para ver qué tenés en el corazón.*

Luego mencionó:

— *Ve, no sé qué tenés en ese corazoncito, pero se ve muy bien.*

— *Mucho amor.* Respondí y sonreí.

Posteriormente, me hicieron poner de costado; el mismo doctor cariñoso me dijo: *Hija solo te estoy limpiando.* Y luego me inyectó en la columna la famosa raquídea, yo sentía la aguja recorrer mis huesos, mientras el doc decía: *No te preocupes hija, parece que va a traspasar la*

*aguja, pero no pasará.* Y al rato dijo: *Ve, esta flaquita no es tan flaca, no hallo el sitio.* Segundos después, logró su objetivo.

— *Sentirás hormiguelo.* Me dijo...

Y así fue, ya no sentía mis piernas; yo, muy tranquila solo pedía a Dios que dirigiera las manos de quienes me estaban operando y que en sus manos ofrecía mi vida. Escuché risas, sonar instrumentos, cuchicheos, aunque al rato ya no oí más nada; hasta que alguien dijo: *Hemos terminado*, desperté tal como si hubiese sido hipnotizada y al conteo de tres debía abrir los ojos. Abrí los ojos... ¡Seguía viva por la gracia de Dios!

Al salir del quirófano, ahí estaba Pinkyta, esperándome como la amiga leal que es.

Me trasladaron de nuevo a mi cuarto, el camino de regreso fue corto y más rápido. Entre tres me colocaron en la cama. No podía hablar mucho, solo hacer señas y medio balbucear; a los pocos minutos ya podía mover los dedos de los pies, ufffff qué alivio.

Al rato llegó mi hermana (mi hermanita menor), saben, ella es como un ángel, a la pobre le ha

correspondido cuidar a todas sus hermanas mayores cuando hemos enfermado, en vez de ser al revés, tiene un buen corazón y una disposición de estar ahí, aguantando desvelos y sirviendo sin chistar a pesar de ser la más chica de todos; su corazoncito es tan altruista y lleno de amor.

Llegó y me preguntó cómo me sentía, no podía hablar mucho solo le hacía señas con los ojos. En eso apareció una doctora a preguntar mis datos: nombre, edad, número de cédula, edad en que inicié mi actividad sexual, cuántas parejas había tenido, entre otras y, ni modo, me tocó abrir la boca para contestar el interrogatorio.

Al poco tiempo sentí ganas de hacer pis y venía lo complicado, levantarme por primera vez luego de la operación, mi pobre hermana con fuerza de Sansón pudo enderezarme y yo, con mi uuuhhh, auch, auhhh, aaah; agarré mi pancita y empecé a andar de a pasito por aquel pasillo blanco y largo que conducía al baño con puerta de color azul, al ir avanzando y ver por la ventana, pude apreciar un maravilloso espectáculo, dos árboles de Malinche frondosos y verdes con muchos pájaros revoloteando entre sus hermosas ramas y de fondo aquel inmenso cielo azul. Di gracias a Dios por permitirme seguir viviendo y observar vida a mi alrededor.

Llegamos al baño y la lucha por agacharme fue casi titánica, pero yo no perdía la actitud positiva que siempre predico debemos tener ante las adversidades, pude hacer pipí y regresamos a la cama.

Una vez acostada seguían suministrándome los medicamentos vía intravenosa, había uno en especial que me ponía el paladar amargo, pero sí calmaba el dolor y pues, no había necesidad de comer, todo eso me sustentaba.

Pude dormir plácidamente esa noche, no hubo mucho movimiento; los pacientes, doctores de turno y enfermeras guardaban el mayor de los silencios.



## Día 5

Muy a las cinco de la mañana una de las enfermeras abrió el cuarto, entregó a mi hermana una bata y otra sábana, me dijo era el momento de bañarme y hacer la cama.

Junto con mi ángel (mi hermanita) alisté mis cachivaches y nos dirigimos hacia el baño al paso de tortuga; esto me recuerda a algo que me dijo Myriam: *Al fin hicieron que el corre camino (o sea yo) caminara lento* –ja, ja, ja–... es que siempre he caminado a prisa.

Llegamos al baño, alguien ya se bañaba, una mujer robusta y poco sonriente, quizá por el dolor que le aquejaba, salió y en seguida entramos nosotras; con gran dificultad me aseeé; temía mojar el dreno, la canalizada, en fin, creo me hice el baño ruso y resultó aquello de: *te lavaste la cara y el mono no* –je, je–.

Luego de unos instantes se oía la voz de una de las enfermeras decir: *Patientes hacia afuera que ya viene la visita médica.*

Ni modo tocaba quedarse sola durante toodo el día hasta la noche que volviera mi hermana.

Doctores y enfermeros entraron a mi sala diciendo: *Ella es Jessenia Romero, 38 años, operada de apendicitis más plastrón apendicular y tiene un drenó.* Muchos tomaban apuntes, Dios sabe para qué y se fueron.

Luego entró el cirujano a revisarme, preguntó cómo me sentía, si había caminado, orinado, ventoseado, dado fiebre o vómito; respondí que me sentía bien y lo demás nada de nada. Limpió mi herida, cambió el guante del drenó y dijo que tenía buena pinta.

Ese día solo hubo medicina y más medicina inyectada, nada de alimentos, realmente no sentía hambre, pero sí quería comer.

El resto del día recibí cachipil de mensajes y llamadas de alumnos, colegas, amigos, madres y padres de familia, incluso de mi mamá y hermana mayor; todos mostraron genuina preocupación por mi estado de salud y eso me hacía sentir querida y especial.

El más sorprendente de los mensajes fue el que me envió mi amigo Richard (un asiduo lector), me decía que me habían saludado en la radio Veritas (acá estuve muchas veces comunicando sobre algún evento cultural cuando pertenecía

a la Sociedad de escritores o la Red de Artistas Nicaragüenses), específicamente en el programa Eco occidente conducido por el periodista Saúl Martínez.

*Guau. Dije yo. Así soy de importante para todas aquellas lindas personas que sienten especial cariño hacia mí. ¡Qué afortunada me sentí!*

El ejército de ángeles (los de bata blanca), las enfermeras, se portaban muy bien, atentas, preocupadas y humanistas; realmente, mostraron su empatía con todos y cada uno de los pacientes. Yo estaba fascinada de estar en este hotel de lujo, limpio, agradable y con una atención de primera.

Mi hermana regresó por la tarde como de costumbre llevándome el calachero que le había solicitado: cobija, calzones, libros, espejo, shampoo, crema para el cabello, cuadernos, lápices, entre otras cosas.

Conversamos un poco, observamos el panorama, escuchábamos lamentos, tosederas, voces llamando a la enfermera, gente yendo y viniendo por los pasillos; toda una fiesta hospitalaria la cual continuó con las chachalacas de las enfermeras de turno, quienes cantaban,

chileaban y hablaban fuerte como todas unas cotorras, eso dificultaba mi dormida pues, a duras penas puedo dormir con bulla o luces encendidas; no sé ni cómo logré conciliar el sueño, hasta ronqué dijo mi hermana.



## Día 6

Me desperté a eso de las cuatro de la madrugada, el ruido del aire acondicionado se escuchaba fuerte y el frío ni se diga, parecía que estaba en el polo norte, decidí bañarme pronto porque solo un baño servía y qué creen, la señora madrugadora ya se estaba bañando, mientras la mamá de un muchacho operado también de apéndice hacía fila, me puse a conversar con ella, me dijo que a su hijo lo operaron miércoles por la mañana, —*a mí por la tarde*—, respondí.

Al salir la dama que se bañaba, ya esperaba otra en la fila, pero la señora que iba antes que yo, amablemente me dejó entrar; esta vez sí me pude lavar el cabello (mal lavado, pero ahí se fue), como siempre mi hermana me ayudó a vestirme, ¡es bien servicial! ¿Ya se los había dicho?

Salimos del baño y agradecí mucho a la señora... Otra doña dijo: *Reunión de chicas malas*, al principio no entendía, pero cuando mi hermana mencionó: *mala de la cabeza, rodilla, corazón...* —ja, ja, ja—, entendí la frase o... el sarcasmo.

Ese día, luego de la visita médica y de mi curación, que por cierto al retirar el doctor la gasa y esparadrapo sentí cosquillas, el galeno

preguntó —¿duele? —No— respondí, —me *dio cosquillas*—; el cirujano me dijo que podía iniciar una dieta líquida; tomar agua, sopa y batidos.

Al mediodía me dieron un batido delicioso de piña con naranja, el cual me mandó al instante al baño a miccionar y a defecar, fue todo un alivio poder hacer popó.

Cuando volví a mi cuarto tuve una predica virtual, la poeta y escritora Caludia (este es su nombre artístico) que también es testigo de Jehová (la cual me predica mediante el celular) me mandó unos textos bíblicos con su respectiva explicación y aplicación en nuestro diario vivir. Debatíamos sobre cómo corrompen el dinero y el poder, le decía que la belleza también vuelve altivas y arrogantes a las personas.

Por la tarde llevaron a un señor que había sufrido un ataque cardíaco; sí que causó gran revuelo, todos los doctores se mostraron preocupados por dicho paciente. Se escuchaban pasos a toda prisa, órdenes de los médicos dadas a las enfermeras con recomendaciones para el nuevo inquilino. Un doctor como enojón le decía:

— *Entienda que reposo absoluto es reposo absoluto... y cuando digo reposo es reposo.* insistió.

Como a los cinco minutos lo trasladaron a UCI (Unidad de cuidados intensivos), al pobre señor se le había dañado su reloj de vida (el corazón).

A mi lado habían ingresado a una señora como de 65 años a quien iban a operar de la columna; la acompañaban dos hijas, pero la enfermera les recalcó que un acompañante por paciente. Entendía a las muchachas, estaban bien preocupadas por su madre (yo lo hubiese estado igual), una de ellas me pidió si podía cruzarse a mi cuarto cuando entrase el doctor o alguna enfermera al de su mami; sonreí y le dije que sí. La chica estuvo buen rato sentada al pie de mi cama, mientras yo dormía hasta que ya no aguanté estar más acostada y le pedí me diera la silla –ja, ja, ja–, realmente quería sentarme, me dolía la columna de estar en cama.

Ya por la noche hice una video llamada con un poeta loco y el ingrato de vez en cuando me hacía reír y, ya saben, la heridita dolía. Fue cierto lo que él dijo: *La risa es una protagonista cuando es la causa de alegrías, pero una antagonista cuando causa dolores.*

A eso de las nueve de la noche tenía un poco de sueño y le dije a mi hermana que dormiría, ella se quedó jugando con el cel; pero el alboroto de los nuevos pacientes, las órdenes de los doctores

y el corre corre de las pobres enfermeras hicieron difícil mi sueño, aunque de repente ya estaba literalmente roncando.

Me dormí hasta las once y algo, pues tenía ganas de ir a hacer pipí, me levanté para ir a orinar y obvio mi hermana me acompañó, la ingrata me ha visto las nalgas muchas veces, hasta más que yo misma –ja, ja, ja–.

Antes que se me escape esto, quiero comentarles que hay dos baños y que en uno de ellos la puerta se abre sola sin corriente de aire ni manos que la manipulen. Mi hermana hasta tomó un video mientras se abría solita. Un verdadero enigma su abrir. Esto no es tan relevante, pero quería comentárselos.

## **Día 7**

A eso de la una de la madrugada sentí la presencia de alguien, era la enfermera Maché (una muy cariñosa y amigable), ella me llama Jessica y yo entiendo; entró a cambiarme el suero, me quedé dormida hasta las tres y algo, desperté y noté que mi hermana la Mechita dormitaba (pobrecita, al fin dormía como bebé), dormí una hora más y a las cuatro me levanté al escuchar bulla, Mechis (mi hermana) se levantó y le dije que me bañaría para que nadie nos ganara, pero... ¡qué creen! La señora que madrugaba ya estaba en el baño; entonces me puse a caminar un poco hasta que salió; la saludé y ella solo sonrió.

Hicimos el mismo ritual del baño anterior, mi hermana me quitó la bata, colocó una bolsa plástica sobre el dreno (esto no era necesario porque a diario me lo cambiaban, pero yo era bien tequiosa y no me gustaba sentirlo mojado), me lavó el cabello, ayudó a vestir echándose un taco de ojo al verme en pelotas –ja, ja, ja–. Y, listo ya estaba limpiecita.

Maché abandonó su turno y la relevó Karla, una enfermera bajita y bien delgadita, pero muy activa y eficiente, la pobre me comentó cuando

suministró mis medicinas que no había cenado la noche anterior ni desayunado esa mañana, aun así, no se desmayó. A pesar de su contextura delgada sí que era fuerte, pues a veces el cuerpo es tan resistente que soporta hasta la más dura de las pruebas... y ese era el caso de Karlita.

Después de la visita y curación en mi herida por el cirujano (hoy dolió un poco) me encontraba sola, tenía ganas de hacer pipí, así que me fui con pasito tun tun hacia el baño; cuando regresé, quise acostarme, pero el líquido que contenía el guante que me pusieron junto al dreno se derramó todo en la cama y entre mis piernas (me había acostado sobre él).

Tuve que cambiarme de bata, blúmer y obvio que también el guante, una enfermera morena muy comprensiva me ayudó (una deja la pena, vergüenza y demás en estos casos), pero... siempre lo digo: *No hay mal que por bien no venga*, me dieron una bata cómoda y más alegre, muy acorde a mi actitud.

Luego de ese incidente quise dormir un rato, pero la gran voz de la doctora de los huesos (ahorita no recuerdo la especialidad –je, je, je–) daba instrucciones para dar de alta a mi vecina que habían operado de la columna:

— *Que tome hierro, espinaca, tendrá treinta días de reposo, el 15 (de marzo) deberá quitarse los puntos acá en emergencias, debe reposar y cuidarse que yo la estimo mucho a mi niña. Parecía las indicaciones de una madre amorosa a su hija ¡Muy linda conversación!*

Como a las doce del mediodía llegó Karla (la enfermera delgadita y activa) a ponerme las inyecciones; la pobre temblaba de hambre, era la única que había quedado al cuidado de todos los internos que había (cinco en total), me dijo:

— *Hoy sí que siento me voy a desmayar, estoy sirviendo uno a uno a los pacientes para no confundirme.*

Pobre, me compadecí de ella, porque sus demás compañeras atendían otras emergencias: un parto, una cirugía, un traslado hacia Managua; realmente son un batallón de ángeles.

A la una de la tarde trajeron mi almuerzo, un delicioso batido de papaya con naranja, me lo saboreé de lo más divino. Hacía un poco de frío, yo, vestida con mi bata sexi y las manos súper heladas que al darme el batido la enfermera se dio cuenta y me dijo: *qué helada tiene las manos. Uy sí*, respondí, *no sé cómo aguantan lo helado ustedes.*

Al terminar de disfrutar mi batido, me dispuse a caminar un poco para no entumirme, recién habían pasado el lampazo, el piso se veía mojado y una de las enfermeras me dijo:

— *Flor, no andés caminando que te podés caer. ¿Flor?* –ja, ja, ja—... así me llaman (en la escuela y ahora aquí), porque siempre ando una flor en el cabello. Me agrada ese nombre, las flores son hermosas y a mí me fascinan.

Mientras escribía mi aventura (en este punto) chateaba con mi amiga Mariana, me decía que las ventas iban mal, que los enamorados andaban palmados (eso porque hoy es 13 de febrero, casi día del amor y la amistad). Le respondí que ellos solo buscan flores y chocolates y que en vez de eso deberían comprar jabón y ace (detergente). Ella dijo: *Siiii, para que le laven los calzoncillos que usan con la otra* –ja, ja, ja—, esta Mari es bien ocurrente.

También chateaba con mi hermana, le contaba el show que viví con la derramada del dreno, texteaba con Minita, me ponía al tanto de la escuela de talentos donde somos colegas, también con un viejo amigo quien me recomendaba usar todas las experiencias en mi historia de lo que vivía en la clínica, desde los ruidos, quejas, olores, etc.



Allá afuera se escuchaba cómo las enfermeras trataban de descifrar la receta de uno de los médicos, oí a una, decir: *¿qué habrá sido lo que quiso escribir el doc?*

La tarde transcurrió sin percances, hasta que mi hermana regresó; era hora de que me canalizaran en otra vena. Horror vi en los ojos de mi cuidadora –ja, ja, ja– al notar cómo mis venas se reventaban y no podían canalizarme, me hicieron tres pinchazos sin éxitos, la rojita salía saltando como cabrita loca, la cara de mi hermanita –ja, ja, ja– casi se desmaya la pobre.

Ninoska, la enfermera estaba preocupada pues era tiempo de mi medicina; pidió que me recostara y relajara. Y yo... pero si estoy relajadísima. Luego entró Karla, (la enfermera más serena y servicial que conocí durante mi estancia en la clínica) y me dijo: *estás de rebelde*, Ninoska es la mejor canalizando y no pudo hacerlo. *No*, le respondí, *las rebeldes son mis venas; me picó sin éxito*, las chicas seguían reventándose, pero como ella (Karla) es muy lista, lo intentó con una aguja de bebé y... ¡eureka!, lo logró.

Mientras intentaban canalizarme entre un pinchazo y otro, llevaron de emergencia a una señora como de 60 años que lloraba de un fuerte

dolor en el cuerpo, temblaba y se lamentaba de su condición; era triste y desesperante escucharla, sin que nadie pudiese ayudar a calmar su dolor, pues al igual que a mí la habían tratado de canalizar como diez veces sin éxitos.

Entró Ninoska a quererla canalizar y doña Natividad (era el nombre de mi vecina) lloraba como un bebé. Realmente duele que te hinquen sin lograr el objetivo, hasta la escuché decir: “¡Ay *mamacita, mamá!*” y pensé en mis adentros, nosotros los seres humanos siempre necesitamos a nuestras madres por muy grandes que seamos, siempre las nombramos y llamamos cuando estamos o nos sentimos en peligro, tenemos la seguridad de que ellas nos van a socorrer. A propósito, la mía me mandó una nota (me hizo llorar) con estos textos bíblicos: Salmos 34:18 y Nahum 1-7, al final me escribió lo siguiente: “*Perdóname hija mía, me duele verte sufrir*”... Mi linda mami, no sabe que a mí me duele saber que sufre por mi condición.

Volviendo a mi vecina, la pobre no paraba de quejarse del dolor, presentaba fiebre súper alta, la escuchaba temblar y decir que sentía harto frío, eso me conmovía mucho. Por la noche que llegó el doctor pudo ponerle un catéter o sonda (no lograron jamás canalizarla), con voz un tanto

infantil le preguntó qué era un catéter; el médico le explicó que es una sonda que va de su cuello a su pecho; por fin pudieron bajarle la calentura y se dispuso a roncar, no sin antes pegarse una real vomitada.

Esperaba dormirme temprano, sentí que la noche al igual que el día pasaron tan lentos como ronrón que empuja su bolita de heces (–ja, ja, ja– qué comparación la mía).

A las once me levanté a orinar y al regresar del baño le solicité a la enfermera Erika que apagara la lámpara cuya claridad daba justo en mi cara y por eso no podía dormir tranquila.

## Día 8

Me recordé a la una y algo de la madrugada, miré a mi hermana dormir, así que me fui sola al baño; al terminar de orinar y limpiarme, descubrí que mi período había bajado... ¡Carambolas! Pensé, y yo que esperaba bajara estando en casa, una vez dada de alta, pero ni modo, las cosas suceden cuando tienen que suceder. Así que, con dreño, menstruación e incomodidad la vida sigue y yo, pues con actitud positiva siempre.

Regresé a la cama y logré dormirme de una hasta las 4:00 am cuando mi hermana me preguntó si iba a bañarme ya; —sí—, le respondí, tenemos que ser las primeras, esta vez lo logramos, nadie nos había ganado en llegar al baño. La Mecha (mi hermanita) lavó mi cabello y me ayudó a enjuagar y a vestirme, estaba lista para una nueva aventura en la clínica de lujo.

A las 5:45 am estaban corriendo a mi pobre hermana, ya saben, por eso de las visitas médicas. Erika le entregaba los pacientes a la enfermera que la relevaría (una brujilda, por cierto), quizá fue impresión mía, pero a esta no le vi ese ángel que tienen las demás enfermeras; me preguntó cómo me sentía y se marcharon hacia otro cuarto. Después de eso me quedé dormida.

A eso de las 7:00 am sentí la presencia de alguien, era el cirujano... ¡Caracoles! Me miraba bien gracioso. *¿Dormía?* Me dijo. *La vamos a curar, ¿cómo se ha sentido? Súbase la bata.* Y procedió a retirarme la gasa, curarme y a zangolotearme el dreno, ¡cómo dolía ese movimiento! Y la brujilda me pegaba el esparadrapo con golpes en mi herida ni siquiera sobaba como las otras; en fin, terminó el martirio, el doc recomendó que siguiera internada, con antibióticos y la dieta líquida.

Luego de la curación trataba se seguir con mi siesta, pero la roncona de mi vecina parecía que hervía una olla de nacatamales; ella dormía plácidamente, mientras yo escuchaba el concierto que emitía su boca.

A los minutos recibí una llamada de mi hermana mayor, saben ella y yo nos parecemos mucho físicamente, incluso hay quienes nos confunden en la calle y esto que ella es baja y más hermosa. Me decía que nuestra madre vendría a visitarme que si quería que me llevara algo, le explicaba que estaba con una dieta líquida y que no dejaban que los parientes de los pacientes ingresaran alimentos.

No sé cómo, pero me quedé dormida, allá a lo lejos escuché una voz que me decía: *Ye, Ye, Ye,*

oy Ye, abrí los ojos y me asusté, era mi mami, pegamos un brinco del susto al mismo tiempo, –ja, ja, ja– fue divertido.

— *¡Mami!* Dije emocionada. Ya que después de cuatro días internada era la primera vez que me visitaba. Realmente temía que llegara, ya saben por eso de la pandemia, ella es una persona mayor e hipertensa.

Vi en sus ojitos profunda tristeza al verme en ese estado... — *No se preocupe, le dije, me siento bien*—. Se quedó dos horas conmigo, mientras charlábamos me llevaron el almuerzo, una sopa con verduras realmente deliciosa o... sería el hambre que me cargaba, pero igual me la saboreé con tantas ganas. Mi mami solo me veía devorar como una niña hambrienta la sopa –ja, ja, ja–.

Me acompañó dos veces al baño, sentí un poquito de pena pues ya hace muchas lunas que no me veía en pelotas, aunque les diré que es bien discreta y no se me quedaba viendo por mucho tiempo. En la segunda ida al servicio alguien abrió la puerta, era mi hermana mayor quien también llegaba a verme. Fue bonito vernos a las tres juntas, hacía como 20 años que no ocurría eso.

Al llegar al cuarto mi mami tuvo que irse porque solo una podía estar conmigo. Antes de irse (mi mamá) me abrazó fuertemente y me susurró al oído: *primeramente Jehová pronto estarás bien y recuperada* y se fue.

Mi hermana se quedó un buen rato conversando conmigo; la ingrata me hacía reír mucho. Y es aquí donde la risa fue antagonista como lo mencionara el loco de mi amigo el poeta; pues en cada media carcajada la heridita dolía y punzaba su poquito.

Al charlar con la rana René (Raquel, mi hermana) noté que se le va el avión –ja, ja, ja–, de repente paraba la conversación y me preguntaba: *¿de qué hablábamos?* ¡Caracoles! pensé, está perdiendo la memoria. Después de hablar de sus hijos, de nosotras, los proyectos y hasta del vecino –ja, ja, ja–, se despidió de mí, pues mi ángel cuidador pronto llegaría.

Al poco tiempo se apareció una enfermera que con voz dulce me dijo: *le tomaré muestras para su examen biométrico*; no podía destapar la aguja, mencionó que era dura y temía hincarse. Me comentó que a su hermana también la habían operado de apendicitis, que tampoco presentó síntomas, pero que ya se la había perforado.

*¡Cuán delicada es esa pequeña, pero famosa tripita que cuelga del intestino grueso, llamada apéndice!*

La tarde transcurrió tranquila, con un tanto de frío y poco movimiento en la sala de internos. Mi vecina, doña Natividad se la pasó casi todo el día ronque que ronque. *¡Carambolas! Sí que ronca esta señora.* Solo despertaba cuando debían tomarle una muestra o iba a comer... y yo, de chepa pendiente de ella –je, je, je–; creo era porque la tenía a la par.

Al legar la noche, cené y me dispuse a dormir tan plácidamente.



## **Día 9**

Desperté a las 12:15 de la madrugada a hacer pipí y esperar que me aplicaran el medicamento que correspondía a esa hora, pero no lo hicieron, sino hasta las 4:15 am que volví a despertar, por tanto, esta vez no fuimos las primeras en bañarnos. Veía por debajo que a doña Natividad la llevaban en silla de ruedas, me imaginaba una carrera entre la liebre y la tortuga... yo, yendo a paso lento y mi vecina alcanzándome en su silla de ruedas; ya se imaginarán quién ganaría la carrera por bañarse primero.

Así que, me relajé y esperé bien juiciosa y pacientemente a que bajara todo el medicamento que me acaban de suministrar. Cuando ya estaba por terminarse la segunda dosis, me levanté a contar las gotas que caían (una por segundo), logré contar 300, pero después me aburrí y dejé de contarlas (y esto que soy matemática –ja, ja, ja–). Ahhh y para pasar el tiempo y ganar momentos, le pedí a mi hermana que me peinara, esta vez no me lavaría el cabello.

Al caer la última gota mi hermana le solicitó a una enfermera retirarme la sonda y nos dirigimos al baño, pero tuvimos que esperar un buen rato porque la mamá de Sebastián (el chico al que

operaron también de apendicitis) se estaba bañando. Nos saludamos cuando ella salió, le pregunté cuándo le darían de alta a su hijo, pero me respondió que no sabía, porque Sebas no preguntaba nada (era tímido y bien alto, parecía jugador de baloncesto –ja, ja, ja–).

Me bañé, volví al cuarto, mi hermana recogió todo el cachivachero que se llevaría y se fue.

A las siete de la mañana llegó el cirujano a curarme realizándome las preguntas de rutina, les cuento, esta curación sí que fue más dolorosa, hasta el punto que se me salieron un par de lágrimas.

El doc, aunque fue muy cuidadoso me hizo charchalearse (retorcerme del dolor) más que de costumbre, pero todo ese dolor tuvo su recompensa, pues me dijo que posiblemente al día siguiente (martes 16/02/2021) me darían de alta.

Me quedé con un sentimiento de alegría y nostalgia a la vez, porque el lugar es acogedor, el cuidado de las enfermeras es único y la estancia placentera, a excepción de todas las lamentaciones de los pacientes que ingresan a diario por una u otra dolencia. Incluso, le dije a mi hermana

en una ocasión que me sentía protagonista de aquella serie de televisión llamada *Sala de urgencias*, pero... ya todo se iba a terminar.

Me llevaron el desayuno, una rica ensalada de frutas compuesta por banano, papaya, naranja y sandía, mientras comía un trozo de *orange* me tragué también la pulpa (es cosa que acostumbro hacer) y recordé que no era correcto, rogué a Dios que no fuera contraproducente.

Al terminar de desayunar llegó otra enfermera a extraer muestras para el examen de biometría; me preguntó qué escribía (en ese momento me ponía al día con el relato del día 8), le dije que lo que estaba viviendo tras mi operación.

— *Ahhh, como especie de diario. Dijo.*

— *Mmmm algo así. Respondí; pasa que me gusta escribir cuentos y poemas y pos acá estoy, escribiendo lo que vivo en la clínica.*

— *¿Y está en algún grupo? Me preguntó*

— *No, respondí. Estuve en dos anteriormente, pero ya no.*

— *Ohhh, ¿En el de Víctor Nissing? Indagó.*

— Sí, estuve en REANIC (Red de Artistas Nicaragüenses) donde fui coordinadora y fundadora. Dije.

Ahí concluyó nuestro pequeño diálogo y se marchó llevando mi sangrita en su tubo de ensayo.

Me dio una orinadera (eso me pasa cuando me baja la menstruación), quise dormir la siesta, pero las ganas de miccionar me lo impidieron, aunque al final todo es bueno, pues así expulsaba lo malo que había dentro de mi organismo y pos para matar el tiempo continué escribiendo el día 9 de mi aventura hospitalaria.

El reloj marcaba las 11:16 am y ya sentía hambrita, cómo me hubiese encantado saborearme una manzana verde o dos mandarinas quizá tomar avena con galletas simples, pero solo me quedaba tomar agua y correr al baño a orinarme –ja, ja, ja–.

Me enteré de que el señor que se llevaron a UCI, (aquel que ingresó días atrás porque había sufrido un infarto al miocardio) lamentablemente falleció; su cansado y adolorido corazón se detuvo como aquel reloj al cual se le venció el tiempo de vida útil. Qué triste noticia, yo que hasta ayer celebraba el alta de la señora

madrugadora; ahh, porque se me había olvidado comentarles que hoy la saludé y le pregunté cuando salíamos, me dijo: *yo ya me voy, aunque aún me siento mareada.*

Pero... así es la vida, mientras:

*Unos nacen, otros mueren.*

*Unos ríen, otros lloran.*

*Unos caminan, otros están postrados en una silla de ruedas.*

*Unos celebran, otros se lamentan.*

*Unos se van andando muy felices cuando les dan el alta, otros salen inertes directo a la casa del descanso eterno.*

Y yo... yo estoy acá, viva por la gracia de Dios, gozando del aire, la luz, escribiendo mi experiencia, tratando de plasmar en este escrito lo que vive un operado de apendicitis (aunque las experiencias sean un tanto diferentes) y también lo que se vive en una clínica estando internado.

12:00 del mediodía, momento de cumplir con mis medicinas como dicen las enfermeras. Cuando Ninoska suministraba la ranitidina se dio cuenta que se filtraba (¡es asombrosa! Una verdadera profesional). Por la mañana le había dicho a María José que me dolía la mano, me respondió

que aún no era tiempo de cambiar de canal, pero Nino lo hizo, mencionó que su compañera debió haber hecho el cambio; bueno, lo importante es que me sentí mejor, más cómoda gracias a Dios y al ángel de bata blanca.

Moría de hambre me llevaron el almuerzo a las 12:35 pm y al recibirlo lo hice con mucha alegría y con la tripa sonándome, la comida era arroz, pollo con pasta, puré de papas y maduro frito, todo estaba delicioso, aunque en el fondo temía un poco que me hiciera daño por mi hígado graso, pero bueno, devoré con tanto ímpetu aquellos alimentos y quedé realmente satisfecha.

Fui al servicio a orinar y a tratar de defecar (lo segundo fue imposible). Vi algunos programas en mi cel y luego me dormí como media hora. Saben, en ese momento estaba amando la cama, el lugar, las atenciones, la comida, los casos de pacientes que a diario ocurrían, no me quería ir –ja, ja, ja–.

Al parecer, también a Sebastián le darían de alta el mismo día que a mí, él sí que estaba desesperado por irse. Me enteré por su mamá que es agrónomo y le encanta trabajar en el huerto, que quiere estudiar, prepararse más; eso es muy bueno, no tiene vicios, no toma ni fuma,

no se trasnocha y no baila pegado –je, je, je–; suena a un buen partido –ja, ja, ja–. No crean que me gusta, solo que fue operado el mismo día que yo y por la misma condición que considero importante mencionarlo en mi relato, además es un niño –ja, ja, ja–.

Hoy le escribí un acróstico a Anita, ella es una de las muchachas que realizan la limpieza, es muy alegre, siempre anda chileando (bromeando) y sonriendo. La otra vez me preguntó qué era lo que escribía.

— *Un cuento.* Le dije. *También escribo poemas.* Comenté.

— *Ummmm hágame uno a mí, me pidió...* y pues, hoy le cumplí.

Al cambio de turno de las enfermeras, Karla me entregó a Erika (otra de las lindas enfermeras) diciéndole: *Ella es Jessenia Romero con una apendicetomía más drenó.*

— *¿Cuántos años tenés?* Me preguntó Karla.

— *38, pero si quiere ponerme 18 no hay problema.* Le dije, y ella siguiéndome el juego hizo que escribía 15 años en su informe.

Al retirarse me dijo:

— “*Adiós Jessenia*”. Sentí tristeza, pues eso significaba que ya no sería más su paciente, porque posiblemente al día siguiente me darían de alta.

Josseling (ella me tomó un vídeo recorriendo el pasillo y gozó al filmarme –ja, ja, ja–) me entregó la cena, que era: guiso de pipián, arroz, ensalada y maduro cocido, esta vez no me comí el arroz, lo demás estuvo rico.

Me sentía un poco preocupada, porque el reloj ya marcaba las 5:37 pm y mi hermana no había llegado, pero, en eso entró con la maleta llena de las cosas que le solicité me llevara.

Como vendedora que ofrece sus productos empezó a mostrarme el encargo: sánico (papel higiénico), aretes, pantalón, blúmer, brasier, flor negra, toalla, piecitos, wow, sí que traía varias cosas, hasta una olla con su famosa sopa Ramen, la cuál sería su cena.

Cuando Erika me aplicó la medicina sentí dolor en la vena y se me hizo una chimbomba, aparte ya tenía mojada la gasa que me puso el cirujano por la mañana (el líquido que expulsaba

el dreno, sí que olía muy mal y me daba cosa que se me volviera a derramar) por eso le pedí a la enfermera el favor de cambiármela, lo cual hizo después de la cena.

Cada vez que me cambiaban la gasa, me quedaba viendo el dreno (el hoyo con la sonda que me pusieron más el guante donde cae el líquido que expulsaba), parecía una lombriz saliendo de una manzana, que, en este caso sería mi panza –ja, ja, ja–.

A la 8:18 pm coincidimos mi hermana y yo de que ya era tarde y debíamos dormir; así que, nos fuimos a cepillar los dientes, miccionamos y nos dispusimos a descansar, lo bueno es que ella siempre tuvo una cama disponible a la par de la mía.

## Día 10

Dormía profundamente, incluso soñaba (no recuerdo qué) cuando sentí la presencia de la enfermera, era Erika, el reloj marcaba la 1:03 am, así que ya era el día, el gran día (el día que me darían de alta), Erika me cambió de canal la sonda, porque me dolía mucho mi mano y tenía hinchada la vena. Suministró los antibióticos, uno de ellos costó que pasara, tenía un coagulito que obstruía el paso; esperé que terminara de bajar el medicamento y me volví a dormir porque aún era de madrugada.

Me recordé a las 3:46 am, fui a orinar, todo el mundo dormía. Yo parecía un alma en pena deambulando por los pasillos de la clínica –ja, ja, ja–. Cuando regresé a mi cuarto pasé por donde dormía mi hermana, le rasqué, meneé y sobé los pies para despertarla, pero parecía un oso hibernando, no sintió nada de nada, estaba en el quinto sueño.

Me dispuse a alistar las cosas para luego ir a bañarme: toalla, cepillo, pasta, shampoo, peine, jabón, etc. Eran las 4:00 am, pedí mi bata, la cual ya me la habían dejado desde la madrugada (12 y algo), supongo luego de que me dormí cuando esperé se acabara el medicamento.

Sacudí la cobija de mi hermana y la pobre se despertó sobresaltada, desde el día anterior le dolía mucho la cabeza, imagino que, por todos los desvelos sufridos al cuidarme, pero... era el gran día y al fin podría descansar y dormir de lo más rico en su camita.

Nos dirigimos al baño, esta vez fuimos las primeras, pues todos dormían y aprovechamos al máximo, fue el baño más largo (sabía sería el último y tenía que disfrutarlo –je, je, je–). Cuando salimos, ya había cuatro pacientes haciendo fila. *¡Caray, sí que me demoré bañando!*; treinta y cinco minutos para ser exacta, pero valió la pena, esta vez sí que me bañé bien.

Mi hermana estaba muy feliz, porque al fin nos darían de alta. La hicieron salir, en breve pasaría la visita médica, me dijo esperaría para llevarme a casa, salió y se fue a comprar su café (ama tomar café) a mí no me gusta, me provoca un malestar muy raro. La última vez que tomé uno fue un cappuccino, me lo regaló mi colega poeta, Caludia. Me causó una desorientación terrible, mareos y agrura; fuchi, en mi vida volveré a tomar *coffee*.

En lo que mi hermana salió, me acosté, temía quedarme dormida y que el cirujano me encontrara

de nuevo durmiendo, es por ello que abría los ojos a cada instante, pero realmente sentía mucho sueño.

En eso aparecieron los médicos visitantes, entre ellos la doctora Hernández (mamá de tres ex alumnas, una excelente galena y un lindo ser humano), al verme se asombró y sonriendo me preguntaba que desde cuando estaba interna, pues era la primera vez que me veía (y la última –ja, ja, ja–). Al marcharse los doctores de mi cuarto seguí entre abriendo y cerrando los ojos.

Entre ese abrir y cerrar de ojos noté que el cirujano se acercaba, preguntó lo rutinario. Me dijo: *Le retiraré el dreno y la curaré.* Lo miré con mucha pena y le pedí me esperara un momento y que me diera chance de ir al baño, pues me reventaba de las ganas de orinar. Mientras tanto el doctor curaba a Sebastián y retiraba su dreno también, igual le darían de alta.

Regresé a la cama, en eso ya venía el doc con la enfermera. La retirada del dreno fue en fracción de segundos, solo vi que cortó algo con el bisturí y tarán, el cirujano tenía la sonda en su mano (yo le llamo tripa o lombriz –ja, ja, ja–), la verdad es que ni sentí cuando la extrajo. A continuación,

se dispuso a curarme y a decirme que en breve podría irme a casa.

¿Les cuento un secreto? En el fondo me sentía triste, pues me gustaba estar ahí y no solo por las atenciones y calidez de las enfermeras, sino por todo lo que tocaba vivir a diario:

- Visita de los médicos.
- Suministro de medicinas.
- Charlas con las enfermeras y las laboratoristas.
- Las levantadas de madrugada para ser la primera en bañarme.
- Las esperas ansiosas porque llegara mi hermana a acompañarme por las noches (yo era la única que se mantenía sola durante el día).
- Los mensajes de seres queridos preguntando por mi estado de salud.
- Las tembladeras por el frío (parecía gelatina terremoteada –ja, ja, ja–).

En fin, extrañaría todo y a todos, incluso a la señora quejona y roncona que tenía como vecina.

La enfermera poco amigable llegó a inyectarme la última dosis de medicamentos y a los pocos minutos me llevó el desayuno, esta vez

fue leche con cereal y sin azúcar. Medio comí y empecé a alistar mis maletas. Mi hermana llegó y terminamos juntas de empacar todo, luego nos fuimos al baño a dar la última meada –ja, ja, ja–.

Al ir empacando las cosas, sentía que guardaba los recuerdos de cada momento que viví, veía la cama en la que dormí durante seis días, el pasillo que recorrí una y otra vez, ya fuera para caminar o para dirigirme al baño a satisfacer mis necesidades fisiológicas, el palito donde colgaban el suero y otros medicamentos, la silla donde me senté a escribir esta historia. En fin, muchos recuerdos para una sola maleta.

Al regresar, Ninoska me esperaba con mi subsidio de un mes a partir de la fecha de operación (la cual fue el miércoles 10 de febrero de 2021 a las 3:35 pm), también me entregó la epicrisis y las recetas para que pasara por la farmacia retirando las pastillas para los próximos ocho días, después de ese tiempo me quitarían los puntos.

Antes de salir, aprovechamos con mi hermana a tomarnos las últimas fotos, le pedí fuese a fotografiar a una viejecita que se había fracturado la cadera, su nombre era Jerónima y tenía en ese momento 86 años. A ella la ingresaron la noche

anterior, según nos contó se cayó mientras tendía su ropa y el golpe provocó una fractura en su delicada cadera.

Esta linda viejecita, despertó en mí mucha ternura y admiración, pues a pesar de su estado no la escuché quejarse ni un solo instante, al contrario, se le oía muy jovial con tanta energía y, sobre todo, mucha calma, es uno de esos robles de los que poco existen.

En una conversación que tuvimos con ella, mientras regresábamos del baño, su cuidadora nos relató cómo sucedieron los hechos, aproveché para decirle que era muy valiente y le admiraba en gran manera su calma.

No sé, pero tanto los niños como los viejecitos provocan en mí mucha ternura y doña Jerónima era tan especial, bien platicona, contenta y amigable. Cuando le dije: *usted es admirable, no la he escuchado quejarse para nada*, me respondió:

— *Ni modo, debo aceptar lo que me toque vivir, porque de nada me sirve quejarme. ¡Cuánta razón tenía!*

Me cuenta mi hermana que gustosa, posó para la cámara, era la modelo más linda.

Luego de las fotos de doña Jerónima, mi hermana y yo tomamos las maletas y salimos del cuarto, pasamos por el puesto de enfermería y agradecí mucho a las chicas por sus lindas atenciones, ellas respondieron, que les vaya muy bien, cuídese.

Al salir, volteé a ver donde dormía Sebastián, pero ya se había ido y su cama estaba ocupada por un nuevo paciente del cual no supe su historia.

Nos dirigimos a la recepción para que tramitaran lo de mi subsidio, mi hermana se fue a retirar el medicamento. Con esos dos pendientes listos salimos de la clínica en busca de un taxi que nos llevara directo a casita (lo que viviría en casa... ya es otra historia).

Al final, solo quedan los recuerdos y anécdotas de tantos momentos vividos:

*Unos dolorosos, otros tristes.*

*Unos asombrosos, otros felices.*

*Unos nostálgicos, otros maravillosos.*

Y todos... como dice el poeta Hermógenes L. Mora, componen la vida.

*¡La vida son momentos y los momentos hay  
que vivirlos!*

Recuerden que, la actitud positiva o negativa que demos ante cualquier dificultad, determinará el éxito o fracaso para salir de ella victoriosos. Sonrían más y no se preocupen tanto por lo que sucederá mañana, vivan el presente como si tal el futuro no vendrá.



## **Sobre la autora**

Jessenia Isabel Romero, poeta y escritora nicaragüense, nacida el 25 de agosto del año 1982.

Hija de la señora Rosario Romero, realizó estudios secundarios en el Colegio San Luis Beltrán de Chinandega, fue durante su secundaria, cuando cursaba el tercer año que descubre su talento y pasión por la poesía.

Sus primeros versos fueron dedicados a la amistad, luego escribió a su madre, al libro, al árbol.

Egresó en el año 2003, de la Normal Darwin Vallecillo graduándose como maestra de educación primaria, durante ese tiempo escribió muchos poemas de contenido romántico.

En 2013, concluye sus estudios universitarios, esta vez graduada en la licenciatura de Matemáticas con mención en Computación.

A lo largo del tiempo ha escrito infinidad de acrósticos, poemas, cuentos y cantos educativos referentes a las Matemáticas.

Fue miembro y presidente de la Sociedad de escritores y artistas Ramón Romero (SEARR) en 2018, en ese año dicha sociedad le pública doce de sus poemas en un folletín llamado *La Casa del Autor*, donde se daba a conocer a un poeta o artista (pintor, escritor, etc.) chinandegano cada mes.

Al año siguiente (2019), se convierte en cofundadora junto a nueve artistas locales de la Red de Artistas Nicaragüenses (REANIC).

Publicó diez de sus poemas en la *Antología de artistas nicaragüenses* dentro de REANIC, también sus escritos fueron publicados en la revista *Chinamitlan* de SEARR.

Fue ganadora en seis certámenes diferentes, tanto de poesía como de escritura de ensayos (dos durante su secundaria, dos en radios locales para el día de las madres y una al escribir un ensayo sobre el medio ambiente; obteniendo segundo lugar) y uno donde escribió una décima dedicada al poeta viejano Humberto Díaz (q.e.p.d), en el que obtuvo el primer lugar junto a la poeta Caludia.

En 2019, publica su primer cuento infantil titulado "*Visita de una arrastrada*".

Su inspiración más grande al escribir es el amor, es muy romántica, aunque también escribe a la naturaleza, a Dios, a la vida. Existen dos temas de los cuales no le gusta abordar en su poesía como lo son las enfermedades y la muerte.

Le gusta escribir porque de esa manera expresa sus sentimientos, aparte de compartir sus vivencias con otras personas y que estas se identifiquen con sus escritos.

En esta ocasión comparte con ustedes "*Crónica hospitalaria, una aventura inesperada*", en la cual narra su experiencia al ser sometida a una operación de apendicitis.





## Nota de la autora



¿Alguna vez se han sometido a una operación? ¿Quiénes de ustedes han mostrado optimismo, antes, durante y después de una intervención quirúrgica?

Todos conocemos los riesgos que conlleva una cirugía, máxime si esta es realizada de urgencia, ya sea porque el paciente se descuidó y acudió demasiado tarde al centro hospitalario o porque sencillamente no daba señales de que algo dentro de su organismo anduviese mal.

La siguiente anécdota (*Crónica hospitalaria*) nos lleva a un antes y a un después de mi intervención quirúrgica. Relato mi experiencia y la manera en que sobrellevé el post operatorio.

A través de mi historia quiero demostrar que el optimismo y el positivismo ayudan en gran manera a la pronta recuperación del paciente y a ver la vida como un cúmulo de situaciones donde cada una de ellas nos dejan muchas enseñanzas, las cuales nos permiten ser más conscientes del cuidado de nuestro cuerpo y organismo en general.

Las situaciones difíciles que acontecen en nuestro diario vivir, serán más llevaderas si las aceptamos con calma, con una sonrisa en los labios y el pensamiento positivo de que todo estará bien, pues como dicen por ahí: *“Mientras más oscura es la noche, más pronto llega un nuevo día”*. Además, debemos tener en cuenta, que todo lo que nos sucede tiene su razón de ser.

ISBN: 978-99964-0-900-4



9 789996 409004